LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCES POR I. C. P. A.

PERSONAS.

Don Gregorio.	*Juliana.*	*Un Escribano.*
Don Manuel.	*Don Enrique.*	*Un Lacayo...* } No hablan.
Doña Rosa.	*Cosme.*	*Un Criado...* } No hablan.
Doña Leonor.	*Un Comisario.*	

La scena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha, inmediata al proscenio, es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la hacera de casas de la mano derecha, junto al foro, está la de don Enrique, y frontero á ella la del Comisario. Habrá salidas de calle en el fondo del teatro, practicables para los personages de la Comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

Salen don Manuel y don Gregorio.

Gregorio. Y por último, señor D. Manuel; aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted ni sus exemplos. Haré lo que guste, y nada mas: y me va muy lindamente con hacerlo así.

Manuel. Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

Gregorio. Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

Manuel. Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

Gregorio. Y bien ¿qué dicen esos graves censores? ¿qué hallan en mí, que merezca su desaprobacion?

Manuel. Desaprueban la rusticidad de tu caracter: esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad: esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

Gregorio. En eso tienen razon, conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda: en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudi-

ria : porque gracias á Dios , le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

Manuel. Conviene mucho conformarse , en lo que es del todo indiferente , con aquellos estilos que sigue el mayor número ; para que no le señalen á uno con el dedo por pieza original.

Gregorio. Me parece que oigo hablar á un viejo que se tapa cuidadosamente las canas con peluca negra , á fin de disimular los años que tiene encima.

Manuel. Es raro empeño el que has tomado , de recordarme tan amenudo que soy viejo. Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; pero aunque fuesen muchos mas, ¿sería esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes , el tener buen humor , el gustar de vestirme con decencia , andar limpio y... Pues qué? ¿la vegez nos condena , por ventura , á aborrecerlo todo ; á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo , un desaliño voluntario , una sordidez que repugne á cuantos nos vean , y sobre todo , un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir ? Yo te aseguro que si no mudas de sistema , la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú , y que el matrimonio que la previenes será , tal vez , un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento , que...

Gregorio. La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo , que su hermanita la pobre Leonor : destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece , señor hermano... Las dos son huerfanas : su padre , amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas , y previno : que si andando el tiempo queriamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union ; y en caso de no verificarse , esperaba que las buscariamos una colocacion proporcionada , fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto , nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor y yo de Rosita : tú has enseñado á la tuya como has querido , y yo á la mia como me ha dado la gana. Estamos ?

Manuel. Sí ; pero me parece á mí...

Gregorio. Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar á la suya ; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta: sealo en buen hora. Permites que tenga criadas y se deje servir como una señorita : lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar , ir á visitas y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil : muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto y no al suyo : que se ponga su juboncito de estameña : que no me gaste zapaticos de color , sino los dias en que repican recio : que se esté quietecita en casa , como conviene á una doncella virtuosa : que acuda á todo : que barra que limpie , y cuando haya concluido estas ocupaciones , me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero : y que nunca oyga las tiernas quejas de los mozalvetes antojadizos : que no hable con nadie , ni con el gato , sin tener escucha : que no salga de casa jamas,

sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

Salen doña Leonor, doña Rosa y Juliana con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.

Leonor. No te dé cuidado, hermana. Si te riñe, yo me encargo de responderle y disculparte.

Juliana. ¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

Rosa. Ese es su genio.

Leonor. Mucha lástima tengo de tí.

Juliana. En verdad, señora, que su hermano en nada se le parece, y que puede usted dar mil gracias á Dios, de haber caido en manos de un hombre tratable y racional.

Rosa. Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

Juliana. Le echaría yo mas alto que...

Gregorio. Oyga! Y ¿adonde van ustedes, niñas?

Leonor. La he dicho á Rosita que se venga conmigo, para que se esparza un poco. Saldremos por aqui por la puerta de san Bernardino, y entraremos por la de Foncarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

Manuel. Sí por cierto, vamos allá.

Leonor. Y, mire usted, yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz. Me ha dicho tantas veces que por que no llevo á esta por allá, que ya no sé que decirla: con que si usted quiere, irá conmigo esta tarde: merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin y al anochecer estamos de vuelta.

Gregorio. Usted puede irse adonde guste: (*A doña Leonor.*) usted puede ir con ella... (*á Juliana*) Tal para cual. Usted puede acompañarlas, si lo tiene á bien; (*á don Manuel*) y usted á casa. (*á doña Rosa*)

Manuel. Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que...

Gregorio. A mas ver. (*coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.*)

Manuel. La juventud necesita...

Gregorio. La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

Man. Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

Gregorio. No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

Manuel. Considera que...

Gregorio. Considero que debe hacer lo que yo la mande, y considero que me interesa mucho su conducta.

Manuel. Pero, ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

Juliana. ¡Tuerto maldito! *Aparte.*

Rosa. No creo que tiene usted motivo ninguno para...

Gregorio. Usted calle, señorita, que ya la esplicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa, sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

Leonor. Pero, ¿que quiere usted decir en eso?

Gregorio. Señora doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

Leonor. Pero, ¿piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañia?

Gregorio. Oh! qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa, y se acerca adonde están los demas.*) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que

usted la hace me agradan poco; y el mayor favor que usted puede hacerme es el de no volver por acá.

Leonor. Mire usted señor don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo: que yo no sé como ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí, una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que usted la tiene.

Juliana. Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos? que dicen que las tienen allá cómo esclavas; y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya que nuestro honor debe de ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y, ¿qué piensa usted? ¿Que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted: y á el hombre mas ladino le volvemos tarumba, quando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime á grandísimo peligro se espone: nuestro honor se guarda á sí mismo; y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo, de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan cabiloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo, que me las habia de pagar.

Gregorio. Mira, la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? Y ¡lo sufres con tanta paciencia!

Manuel. En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no la falta razon. Su sexô necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas, no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos; el honor es el único que las inspira el cumplimiento de sus obligaciones, no la severidad con que nosotros aspiremos á sujetarlas. Bien poco estimable seria una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona, á quien solo faltase la ocasion de ofenderme; si por otra parte la sobraban los deseos.

Gregorio. Todo eso que dices no vale nada. (*Juliana se acerca á doña Rosa que estará algo apartada. D. Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.*)

Manuel. Será lo que tu quieras.... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud, con la risa en los labios: reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud; no que á su nombre se atemorice. Estas máxîmas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delitos sus desahogos inocentes: nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones, que son propias de la primera

edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones; que bayle, que frecuente los teatros, porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Ella gusta de estrenar vestidos, de tener buena ropa blanca, de tocarse el cabello con elegancia y novedad, y yo á nada de esto me opongo; porque al cabo, son de aquellas cosas que pueden concederse facilmente á cualquiera hija de familia; habiendo facultades para ello... Su padre dispuso que fuera mi muger; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion: porque no débo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Si basta á suplir este inconveniente una renta anual de tres mil duros: una amistad inalterable: una ternura, de la cual la tengo dadas pruebas tan finas; cuando ella quiera se casará conmigo: pero si piensa de otro modo, no seré yo el que la estorbe su felicidad. No señor; si quiere dar su mano á otro mas digno, hágalo cuando guste: segura tiene mi aprobacion. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

Gregorio. ¡Qué blandura! ¡qué suavidad! Todo es miel y almivar.

Manuel. Siempre he tenido estas opiniones. Siempre me han parecido mal aquellas máxîmas, que hacen odiosa á muchos hijos la vida de sus padres.

Gregorio. Pero, permítame usted que le diga, señor hermano: que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues: y que se verá usted sumamente embrollado, cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

Manuel. Y, ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

Gregorio. ¿Por qué? *Manuel.* Sí.

Gregorio. No sé. Si usted no lo alcanza; yo no lo sé tampoco.

Manuel. ¿Pues hay algo en eso contra la estimacion.

Gregorio. Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

Manuel. ¿Y por qué no?

Gregorio. ¿Y consentirá que gaste blondas, y cintas, y flores, y abaniquitos de anteojo, y...

Manuel. Sin duda.

Gregorio. ¿Y que vaya al prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio y....

Manuel. Quando ella quiera.

Gregorio. ¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, bayle, fortepiano y coplitas italianas?

Manuel. Preciso.

Gregorio. ¿Y la Señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

Manuel. Si no es sorda.

Gregorio. ¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

Manuel. Pues ya se supone.

Gregorio. Quítate de ahí, que eres un viejo loco... Vaya usted adentro, niña: (*Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico*

por el teatro.) usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

Manuel. Ya te lo he dicho, este es mi carácter: estas son mis ideas, y nunca me desmentiré. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta: la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

Gregorio. Oh! que gusto he de tener cuando la tal esposa le...

Manuel. Qué?.. Vamos, acaba de decirlo.

Gregorio. ¡Qué gusto ha de ser para mí!

Manuel. Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

Gregorio. Sí: rie, burlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cual de los dos tiene mas gana de reir.

Leonor. Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mi propia en mucho: pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

Juliana. Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

Gregorio. Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

Manuel. Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

Leonor. Pero, ¿no irá usted por mí?

Manuel. ¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. A Dios, Gregorio. Con que, quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de usted. *(Don Manuel y las dos mugeres se van por una de las salidas del foro. Don Gregorio mientras permanece solo, se pasea, se para á hablar ó interrumpe su discurso, segun conviene á la propiedad de la representacion.)*

Gregorio. Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios. Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un viejo empeñado en vivir como un mancebito de primera tixera, una solterita desenfadada, y muger de mundo, unos criados sin vergüenza, ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es, que Rosita no aprenderá cosa buena con estos exemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio.... Muy buena es la plazuela de Afligidos; pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.... *(Salen don Enrique y Cosme de su casa y observan á don Gregorio, que estará distante.*

Cosme. ¿Es él?

Enrique. Sí, él es: el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

Gregorio. Pero, ¡no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres!...

Enrique. Quisiera vencer mi repugnancia: hablar con él, y ver si

logro de alguna manera introducirme.

Gregorio. En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua, (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*) no vemos en nuestra juventud, si no escesos de inobediencia, libertinage y....

Enrique. ¿Pero, este hombre no ve?

Cosme. Ay! Es verdad. Ya no me acordaba. (*Hace que don Enrique pase por detras de don Gregorio al lado opuesto.*) Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

Gregorio. No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de.... (*Estornuda y se suena.*)

Enrique. No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

Gregorio. Eh?... (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

Cosme. Acerquese usted.

Gregorio. Quién va? (*Vuelve por el lado derecho, se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera repara en don Enrique que le hace cortesías con el sombrero. D. Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

Cosme. Animo.

Gregorio. Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya que el hombre es atento!

Enrique. Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á usted de sus meditaciones.

Gregorio. En efecto.

Enrique. Pero la oportunidad de conocer á usted que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle.

Gregorio. Bien. (*D. Gregorio responde siempre manifestando impaciencia y deseo de cortar la conversacion.*

Enrique. Y de manifestarle á usted con la mayor sinceridad, cuanto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

Gregorio. Lo estimo.

Enrique. Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte que me proporciona....

Gregorio. Muy bien.

Enrique. Y, ¿sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte se aseguran, como cosa muy positiva...

Gregorio. ¿Que me importa?

Enrique. Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

Gregorio. ¡Eh!

Enrique. Realmente (*Despues de una larga pausa prosigue don Enrique. Se para, deseando que don Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, aquella soledad, aquella monotonía... ¿Y usted en qué pasa el tiempo?

Gregorio. En mis negocios.

Enrique. Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, qué hace usted?

Gregorio. Lo que me da la gana.

Enrique. Muy bien dicho. La respuesta es exâctísima: y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de usted y...

Gregorio. Agur. (*Aumentándose sucesivamente el disgusto de don Gregorio, no puede sufrir mas al oir la proposicion de don Enrique: atraviesa por entre los dos, se entra en su casa y cierra.*

Enrique. Qué te parece, Cosme. ¿Ves, qué hombre este?

Cosme. Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

Enrique. Ah! yo me desespero!

Cosme. ¿Y por qué?

Enrique. ¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo: en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

Cosme. Auto en favor. Eso que á usted le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele: que una muger á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion) que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisvadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la martirizan y la desesperan. Y, ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalisimo. Que el tímido caballero, animandose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrages que ha padecido, se lastíma de su situacion: la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella como es regular se lo agradece, y... En fin se adelanta camino. Creame usted, la aspereza del consabido tutor, le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

Enrique. ¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleyto, por el cual emprendí mi viage de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme: huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte, me vengo á vivir á este barrio solitario, para estar cerca de doña Rosita, y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

Cosme. Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mi que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

Enrique. ¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo? ¿si no hay dentro de ella, criado ni criada alguna, de quien poder valerme? ¿si nunca se le ve asomarse á esas ventanas? ¿si nunca sale por esa puerta, sin ir acompañada de su feroz alcayde?

Cosme. ¿De suerte, que ella todavia no sabe que usted la quiere?

Enrique. No sé que decirte. Bien ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Quando la lle

á misa, á San Márcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al cimenterio, ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo léjos. Quando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero, ¿quién sabe si ella ha comprehendido este idioma, y si agradece mi amor, ó le desestima?

Cosme. A la fe que el tal lenguage es un poco obscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

Enrique. No sé que hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido, y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

Cosme. Sí, discurramos.

Enrique. A ver si se puede...

Cosme. Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

Enrique. Pues, ¿qué importa que..

Cosme. No ve usted que si el amigo estuviese ahí detras de las persianas, avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, á casa.. Y despacito, como que...

Enrique. Sí, dices bien. (*Vánse los dos encaminándose lentamente á casa de don Enrique.*

ACTO SEGUNDO.

Manuel. Abre. (*Sale don Manuel por el fondo del teatro, llega á su casa, tira de la campanilla: despues de una breve pausa se abre la puerta, entra y queda cerrada como antes.*

Salen de casa don Gregorio y Doña Rosa.

Gregorio. Bien: vete, que ya sé la casa; y aun por las señas que me das, tambien caygo en quien es el sugeto. (*Se aparta un poco de Doña Rosa, y vuelve despues.*

Rosa. Oh! favorezca la suerte, los ardides que me inspira un inocente amor!

Gregorio. ¿No dices, que has oido que se llama don Enrique?

Rosa. Sí: don Enrique.

Gregorio. Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y dexame, que yo estaré con ese aturdido, y le diré lo que hace al caso. (*Vuelve á apartarse, y se queda pensativo, da una vuelta por el teatro, y distraido en sus imaginaciones se acerca á su misma puerta, reconoce la equivocacion, y llama á la de don Enrique.*

Rosa. Para una doncella, demasiado atrevimiento es este... Pero, ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco? (*Vase y cierra la puerta.*)

Gregorio. No perdamos tiempo.. ¡Ah, de casa!... Pero que... Vamos: yo estoy soñando... ¡Ya se ve! tiene uno la cabeza, que... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato, no le... (*Sale Cosme y da un gran tropezon con don Gregorio.*

Gregorio. Que bruto de... ¡No ve usted que modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro! (*Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la scena le trata con afectado cumplimiento, lo qual va impacientando progresivamente á don Gregorio.*

Enrique. Caballero: siento mucho que...

Gregorio. Ah ! Precisamente es usted el que busco.
Enrique. ¿ A mí , Señor ?
Gregorio. Sí por cierto... ¿ No se llama usted don Enrique?
Enrique. Para servir á usted.
Gregorio. Para servir á Dios... Pues, Señor , si usted lo permite , yo tengo que hablarle.
Enrique. Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á usted en algo ?
Gregorio. No , al contrario : yo soy el que trato de hacerle á usted un obsequio , y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.
Enrique. ¿ Y usted venia á mi casa con ese intento ?
Gregorio. Sí señor... ¿ Y qué hay en eso de particular ?
Enrique. ¿ Pues no quiere usted que me admire ? y que envanecido con el honor de que...
Gregorio. Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.
Enrique. Pero , tómese usted la molestia de pasar adelante.
Gregorio. No hay para que.
Enrique. Sí , sí : usted me hará este favor.
Gregorio. No por cierto. Aquí estoy muy bien.
Enrique. Oh ! No es cortesía permitir que usted...
Gregorio. Pues yo le digo á vmd. que no quiero moverme.
Enrique. Será lo que usted guste. Cosme , volando , baja un taburete para el vecino. (*Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete , despues se detiene dudando lo que ha de hacer.*
Gregorio. Pero si de pie le puedo á usted decir lo que...
Enrique. De pie ? Oh ¡No se trate de eso !
Gregorio. ¡Vaya , que el hombre me mortifica en forma !
Cosme. ¿ Le traygo ó lo dejo ? ¿ Qué he de hacer ?
Gregorio. No le trayga usted.
Enrique. Pero seria una desatencion indisculpable...
Gregorio. Hombre , mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con usted.
Enrique. Ya oygo. (*Don Enrique hace ademan de ponerse el sombrero , pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano , queda descubierto , le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta , y al fin se le ponen los dos.*
Gregorio. Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias , que ya me... ¿ Quiere usted oirme ?
Enrique. Si por cierto : con muchísimo gusto.
Gregorio. Dígame usted... ¿ Sabe usted que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida , que vive en aquella casa de las persianas verdes , y se llama Doña Rosita ? *Enrique.* Sí señor.
Gregorio. Pues bien : si usted lo sabe , no hay para que decirselo.. ¿ Y sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña , me interesa mucho su persona ; aun mas que por el pupilage , por estar destinada al honor de ser mi muger?
Enrique. No sabia eso. (*Con sorpresa y sentimiento.*)
Gregorio. Pues yo se lo digo á usted. Y ademas le digo : que si usted gusta , no trate de galanteármela , y la deje en paz.
Enrique. ¿ Quién ?... ¡ Yo , señor !
Gregorio. Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.
Enrique. ¿ Pero , quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esa señorita ?

Gregorio. Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

Enrique. Pero, repito que...

Gregorio. ¡Dale!... Ella misma.

Enrique. ¿Ella? (*Se admira, y manifiesta particular interes en saber lo restante.*)

Gregorio. Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas, que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirla con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos: que no ignora sus deseos de usted; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasion, tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

Enrique. Y ¿dice usted que es ella misma la que le ha encargado?...

Gregorio. Sí señor, ella misma: la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable. Y á decirle: que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras: que su corazon todo es mio; y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted. (*Se aparta de ellos, adelantándose hácia el proscenio.*

Enrique. Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

Cosme. Que no le debe dar á usted pesadumbre: que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envia ese recado.

Gregorio. ¡Se ve que le ha hecho efecto!

Enrique. ¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?...

Cosme. Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos. (*Los dos se entran en casa de don Enrique; don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*

Gregorio. Anda, pobre hombre, anda: que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, ¡una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido!.. Las miradas de un hombre la asustan, y se dá por muy ofendida. (*Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña **Rosa** abre su puerta y habla sin haberlo visto: él por último se encamina á su casa y le sorprehende hallar á doña Rosa.*

Rosa. Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle, no habrá entendido mi intencion... Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

Gregorio. Vamos á verla y á contarla... Calle! ¿Qué estabas aquí?.. Ya despaché mi comision.

Rosa. Bien impaciente estaba. Y ¿qué hubo?

Gregorio. Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda, que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas; se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

Rosa. ¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

Gregorio. Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

Rosa. Apenas habia usted salido me fui á la pieza del jardin, á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon, diciéndole que se fuese de allí; pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro, temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues quando iba á cerrar la ventana, viene uno por el ayre que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso: acércome á cogerle, y... ¿Qué le parece á usted que era?

Gregorio. ¿Qué se yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

Rosa. No señor. Era este envoltorio de papel. (*Saca de la faltriquera un papel envuelto, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caxa y la carta, de lo cual don Gregorio se admira y se incomoda.*

Gregorio. ¡Calle!

Rosa. Y dentro esta caxa de oro.

Gregorio. ¡Oyga!

Rosa. Y dentro esta carta, dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

Gregorio. ¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

Rosa. El muchacho desapareció al instante... Mire usted el corazon le tengo tan oprimido, que...

Gregorio. Bien te lo creo.

Rosa. Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caxa y la carta á ese diablo de ese hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de.. Porque atreverme yo á que usted mismo...

Gregorio. Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

Rosa. Pues tome usted. (*Le da la caxa, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. D. Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta. Doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*

Gregorio. Lee. »A mi señora doña »Rosa Ximenez. Enrique de Cár»denas" *Representa.* Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe y...

Rosa. Ay! No por cierto: no la abra usted. *Gregorio.* Y qué importa?

Rosa. ¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamas los billetes que un hombre la envie: porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna: para que vea el alto desprecio que hago de él: que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

Gregorio. ¡Tiene muchísima razon! (*Se aparta hácia un lado y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caxa, la envuelve curiosamente, y se la guarda.*)

Rosita, tu prudencia y tu virtud me

maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

Rosa. Pero, si usted tiene gusto de leerla...

Gregorio. No, nada de eso.

Rosa. Leala usted si quiere; como no la oyga yo.

Gregorio. No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica, á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... Eh! A Dios.

Rosa. Venga usted pronto. (*Se entra doña Rosa en su casa.*)

Gregorio. El corazon me rebosa de alegría, al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella, de modestia y de juicio. Considera como un insulto el obsequio de un amante: cree que la injurian porque la envian un papel de amores, y hace que yo mismo se le vuelva al galan, para darle á entender el desprecio que la merece... (*Paseándose por el teatro va despues á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por la extremidad del foro.*) Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano sería capaz de proceder así. No señor; las mugeres son, lo que se quiere que sean... Deo gracias.

Sale Cosme. ¿Quién es? ¡Oh! señor don...

Gregorio. Tome usted, dígale usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla caxitas de oro: porque está muy enfadada con él... Mire usted, cerrada viene. Dígale usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante. *Vase.*

Salen Enrique y Cosme.

Enrique. ¿Qué es esto? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

Cosme. Esta caxa, con esta carta *Presentándole lo que le dexó don Gregorio. D. Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee quando lo indica el diálogo.* que dice que usted ha enviado á doña Rosita... *Enrique.* ¡Yo!

Cosme. La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento: que se la vuelve á usted sin haberla querido abrir... Lea usted presto, y veamos si mi sospecha se verifica.

Enrique lee. »Esta carta le sorprenderá á usted sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo, no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis [illegible] he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de usted el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea usted que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio alvedrio. Las prendas estimables que veo en usted, las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determina-

»cion... En usted consiste que yo »pueda cuanto antes llamarme su»ya; pues solo espero que me in»dique los designios de su amor, »para que yo le haga saber lo »que tengo resuelto. A Dios, y »considere usted que el tiempo »vuela, y que dos corazones ena»morados con media palabra de»ben entenderse."

Cosme. ¿No le parece á usted que la astucia es de lo mas sutil que que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha, tan ingeniosa travesura de amor?

Enrique. ¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion, acrecen la que yo la tengo: y unido todo á la juventud, á las gracias, y á la hermosura... *Sale don Gregorio por el fondo de la scena, y se detiene. Cosme le ve y avisa á su amo. Despues se acerca don Gregorio lleno de satisfaccion. Don Enrique afecta en sus respuestas confusion y verguenza.*

Cosme. Que viene el tuerto. Discurra usted lo que le ha de decir.

Gregorio. Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que, digame usted, caballerito. ¿Volverá usted á enviar billetes amorosos, á quien no se los quiere leer? Usted pensaba encontrar niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, quebraderos de cabeza. Pues ya ve usted el chasco que le ha sucedido... Creame, señor vecino, déxese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio: á usted no le puede ver ni pintado, con que lo mejor es una buena retirada, y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

Enrique. Es verdad: su mérito de usted es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á usted por competidor.

Gregorio. ¡Ya se ve que era una locura!

Enrique. Oh! yo le aseguro á usted, que si hubiese llegado á presumir, que usted era ya dueño de aquel corazon; nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

Gregorio. ¡Yo lo creo!

Enrique. Acabó mi esperanza, y renuncio á una felicidad, que estando usted de por medio, no es para mí.

Gregorio. En lo cual hace usted muy bien.

Enrique. Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja: porque, al considerar las prendas que le adornan á usted, ¿cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

Gregorio. Usted dice bien.

Enrique. No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero, si algo merece con usted un amante infeliz, (*Don Enrique dará particular expresion á estas razones y á las que dice mas adelante: deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas.*) de cuya afliccion es usted la causa: yo le suplico solamente que asegure de mi parte á doña Rosita, que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto; y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna, de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

Gregorio. Sí: bien está: se lo diré.

Enrique. Que como era tan volunta-

ria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo; ni hubiera abandonado esta solicitud; si el cariño que á usted le tiene, no me opusiera un obstaculo tan insuperable.

Gregorio. Bien, se lo diré lo mismo que usted me lo dice.

Enrique. Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamas de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida; y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de usted, no habria en el mundo ninguna otra consideracion, que fuera bastante á detenerme.

Gregorio. Usted habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto usted me encarga... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero, creame usted don Enrique: es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡Qué diantre! Usted es mozo y sugeto de circunstancias, con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?.. Con que... Eh! A Dios. (*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van y entran en la suya.*

Cosme. ¡Qué necio es! *Vanse.*

Gregorio. De veras que me da lástima ver á este pobre mancebo tan apasionado y... Pero él se tiene la culpa... Quién le mete á él en venirse á competencias conmigo? ¡Tonteria como ella! (*Llama á su puerta. Quando sale doña Rosa él se inclina hácia el proscenio, y doña Rosa le sigue, oyendo cuanto él dice, con particular atencion.*) Es increible la turbacion que ha manifestado el hombre, al ver su billete devuelto, y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga: que su amor es honestísimo: que no pensó que te ofendieras de verte amada: que su eleccion es libre: que aspiraba á poseherte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo quanto me dijo?.. Que nunca te olvidará: que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero, que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesia y mucho juicio: eso sí... Compasion me daba el oirle... Con que, ¿y tú que dices á esto?..

Rosa. Que no puedo sufrir que usted hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon; y que si usted me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

Gregorio. Pero él, Rosita, no sabia que tu estuvieras tan apasionada de mí; y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

Rosa. Y ¿le parece á usted honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de usted: como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

Gregorio. Oyga! ¿Con qué?..

Rosa. Si señor: ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto... Yo no sé quien le da noticia de los secretos de esta casa, ni

quien le ha dicho que usted pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar : lo cierto es, que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola y robarme... ¡Tiemblo de horror!

Gregorio. Vamos que todo eso no es mas que hablar y...

Rosa. Sí, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡Válgame Dios! ¿Y usted le disculpa?

Gregorio. No por cierto : si él ha dicho eso, realmente procede mal, y el chasco sería muy pesado... Pero ¿quién te ha venido á contar á ti esas...

Rosa. Ahora mismo acabo de saberlo.

Gregorio. ¿Ahora?

Rosa. Si señor : despues que usted le volvió la carta.

Gregorio. Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froylan el boticario : hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante y...

Rosa. Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré, me puse á dar unas sopas á los gatitos : oygo llamar, y creyendo que fuese usted, bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quien es, y por la cerradura oygo una voz desconocida que me dijo : Señorita, mi amo sabe que vive usted cautiva en poder de ese bruto, que se quiere casar con usted en esta semana proxîma. No tiene usted que desconsolarse : don Enrique la adora á usted, y es imposible que usted desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva usted prevenida, que de un instante á otro, quando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á usted en una casa de satisfaccion y...Yo no quise oir mas: me subí muy quedito por la escalera arriba : me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

Gregorio. Ese era el bribon del lacayo. *Rosa.* A la cuenta.

Gregorio. Pero se ve que este hombre es loco.

Rosa. No tanto como á usted le parece. Mire usted si sabe disimular el traydor, y fingir delante de usted para engañarle con buenas palabras; mientras en su interior está meditando picardias... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre, capaz de atreverse á las acciones mas infames.

Gregorio. Vaya, vamos : no temas nada, que...

Rosa. No : esto pide una buena resolucion. Es menester que usted le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

Gregorio. Bien; pero no te desconsueles así, mugercita mia : no, que yo le buscaré, y le diré cuatro cosas bien dichas.

Rosa. Dígale usted : si se empeña en negarlo : que yo he sido la que le ha dado á usted esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que intente, no me sorprehenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de usted le hago saber mi determinacion: y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

Gregorio. Oh! si... Yo le diré quanto sea necesario.

Rosa. Pero de manera que comprehenda bien, que soy yo la que se lo dice.

Gregorio. No, no le quedará duda: yo te lo aseguro.

Rosa. Pues bien. Mire usted que le aguardo con impaciencia: despáchese usted á venir. Quando no le veo á usted, aunque sea por muy poco tiempo, me pongo tan triste.

Gregorio. Si, entrate que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... Ay! ¡Qué ojos!.. Eh! A Dios... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) ¡En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo! no puede haberle... (*Da una vuelta por la scena lleno de inquietud y alegría, despues llama á la puerta de don Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá usted oirme dos palabras?

Salen don Enrique y Cosme.

Enrique. Oh! señor vecino: ¿qué novedad le trae á usted á mis puertas?

Gregorio. Sus extravagancias de usted.

Enrique. ¿Cómo así?

Gregorio. Bien sabe usted lo que quiero decirle, no se me haga el desentendido, como lo tiene de costumbre... Yo pensé que usted fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto usted, con la mayor atencion y blandura; pero hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que usted hace, sin saltar de cólera? ¿No tiene usted vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos; de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada; de querer impedir un matrimonio, en que ella cifra todas sus dichas? Eh! que eso es indigno.

Enrique. Y, ¿quién le ha dado á usted noticias tan agenas de verdad, señor don Gregorio?

Gregorio. Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á usted que su eleccion es irrevocable: que sus planes de usted la ofenden, la horrorizan: que si no quiere usted dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo. (*Empieza á obscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.*)

Enrique. Cierto que si ella misma hubiese dicho esas expresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

Gregorio. ¿Con qué usted duda que sea verdad?

Enrique. ¿Qué quiere usted, señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

Gregorio. Venga usted conmigo. (*Va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras á donde está don Enrique para que le siga.*)

Enrique. Porque, al fin, como usted tiene tanto interes en que yo me desespere y...

Gregorio. Venga usted, venga usted... Rosa.

Enrique. No es decir esto que usted...

Gregorio. Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe... Rosita. Niña.

Enrique. ¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!..

Gregorio. Usted lo verá. Ya sale.

Sale doña Rosa. Sorprendida al ver á don Enrique.

Rosa. ¿Qué es esto?.. ¿Viene usted á interceder por él? ¿A recomendarle, para que sufra sus visitas: para que corresponda agradecida á su insolente amor?

Gregorio. No hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete quanto yo le digo; y piensa que le engaño, quando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traygo aquí, para que tú misma se lo digas; ya que es tan presumido ó tan cabezudo, que no quiere entenderlo.

Rosa. Pues, ¿no le he manifestado á usted ya cual es mi deseo, que todavia se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

Enrique. Bastante ha sido para sorprehenderme, señorita, quanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado, que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

Rosa. Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á usted los íntimos afectos de mi corazon.

Gregorio. ¿Lo ve usted?

Rosa. Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño; la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

Gregorio. ¿Lo ve usted?

Rosa. Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimono con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas; y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio, mas insoportable que la misma muerte.

Gregorio. ¿Lo ve usted?... Sí, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

Rosa. No hay otro medio de que yo viva contenta. (*Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*

Gregorio. Dentro de muy poco lo estarás.

Rosa. Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad...

Gregorio. No hay mal en eso.

Rosa. Pero, en mi situacion, bien puede disimularse que use de alguna franqueza, con el que ya considero como esposo mio.

Gregorio. Sí, pobrecita mia... Sí, morenilla de mi alma.

Rosa. Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

Gregorio. Ven aquí, perlita, (*Abraza á doña Rosa, ella extiende la mano izquierda, y don Enrique que está detras de don Gregorio, asiéndola con las dos suyas se la besa afectuosamente, y se retira al instante.*) consuelo mio, ven aquí: que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties: calla que... Amigo: (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*) ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

Enrique. Bien está, señora, usted

se ha explicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre, que no ha tenido la fortuna de agradarla.

Rosa. No puede usted hacerme favor mas grande: porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

Gregorio. Vaya, vamos: que eso es ya demasiado.

Rosa. ¿Le ofendo á usted en decir esto?

Gregorio. No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso; sino que tambien dá lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan excesiva...

Rosa. Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

Enrique. Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

Rosa. Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

Gregorio. Señor vecino: yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á usted este mal rato, pero...

Enrique. No: no crea usted que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mi me toca solo callar, y cumplir quanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de usted.

Gregorio. Vaya usted con Dios.

Enrique. Vamos pronto de aquí, Cosme, que rebiento de risa. (*Entran en su casa y cierran.*

Gregorio. De veras te digo que este hombre me da compasion.

Rosa. Ande usted que no merece tanta como usted piensa.

Gregorio. Por lo demas, hija mia: es mucho lo que me lisongea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece... Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia... Mañana mismo quedarémos casados y...

Rosa. ¿Mañana? (*Turbada.*)

Gregorio. Sin falta ninguna... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla. Y haces como que repugnas, lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

Rosa. Pero...

Gregorio. Sí, amigita, mañana serás mi muger. Ahora mismo voy antes que obscurezca, aquí á casa de don Simplicio el Escribano, para que esté avisado, y no haya dilacion. A Dios, hechicera. (*Don Gregorio se va por el fondo del teatro. Doña Rosa entra en su casa y cierra.*)

Rosa. ¡Infeliz de mí! ¿Qué haré, para evitar este golpe?

ACTO TERCERO.

La scena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota.

Rosa. No hay otro medio... Si me detengo un instante; vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... Primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana, y á don Manuel; pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante; y él dispondrá (*Don Gregorio sale por el fondo del teatro á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana: se detiene, y al conocerle duda lo que ha de ha-*

cer) quanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... Vamos; pero... Gente viene... Y es él... ¡ Desdichada ! ¡Todo se ha perdido!

Gregorio. ¿ Quién está ahí ? Eh ?.. Calle! Rosita ! ¿ Pues cómo ? ¿ Qué novedad es esta ?

Rosa. ¿ Qué le diré ?

Gregorio. ¿ Qué haces aquí, niña?

Rosa. Usted lo extrañará. (*Indica en la expresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.*)

Gregorio. ¿ Pues, no he de extrañarlo ? ¿ Qué ha sucedido ? Habla.

Rosa. Estoy tan confusa y...

Gregorio. Vamos : no me tengas en esta inquietud. ¿ Qué ha sido ?

Rosa. Se enfadará usted si le digo...

Gregorio. No me enfadaré. Dilo presto... Vamos.

Rosa. Si : precisamente se va usted á enojar ; pero... Pues, tenemos una huéspeda.

Gregorio. ¿ Quién ?

Rosa. Mi hermana.

Gregorio. ¿ Cómo ?

Rosa. Si señor : en mi quarto la dexo encerrada con llave, para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor : á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... Como es una muger de tanto juicio, y...

Gregorio. Pero, ¿ qué enredo es este, señor ? Que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna... ¿ A qué ha venido tu hermana ?

Rosa. Ha venido... Mire usted, le voy á revelar á usted un secreto, que le vá á dexar aturdido... Pero, ¿ no se ha de enfadar usted, no ?

Gregorio. ¡ Dale !... Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere ? ¿ A qué ha venido tu hermana ?

Rosa. Yo se lo diré á usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

Gregorio. ¿ Ahora tenemos eso ?

Rosa. Si señor. Hace mas de un año que se quieren, y quasi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por eso fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de los Afligidos, pretextando Leonor que queria vivir cerca de mi casa ; no siendo otro el motivo, que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle. Aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

Gregorio. Pero, ¿ este don Enrique ó don Demonio, á quantas quiere ? ¡ Si yo estoy lelo!

Rosa. Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, zeloso de un don Antonio de Escobar Oficial de la Secretaría de Guerra, con quien la vió una tarde en el Jardin Botánico, la envió un papel de despedida, lleno de expresiones amargas ; y desde entonces no ha querido volverla á ver. Pareciole conveniente, ademas, pagar con zelos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio: y desde entonces dió en seguirme á donde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa ; todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de embidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique ; pero me propuse callar, y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dixo Leonor (la qual vino á hablarme, muy sentida, cre-

yendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trato) resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba; omitiendo todo lo demas, para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

Gregorio. Con que... Adelante.

Rosa. Pues como yo la dixese á Leonor: que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, quanto me desagradaba su mal término, y que sabria decírselo de manera que no le quedase la menor esperanza; ella temió que despechado su amante con esto, se ausentaria del barrio y tal vez de Madrid. Se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo la aseguré, que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo: usted no quiso que fuera con ella; y no parece si no que algun Angel le inspiró á usted aquella repugnancia... Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted; pero falta decirle: que así que usted me dexó para ir á verse con el Escribano, llegó mi hermana: la conté quanto habia ocurrido y... ¡Vaya! No es posible ponderarle á usted la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola me dixo, en un tono de desesperacion que me hizo temblar: que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi quarto que dá al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus zelos quantas satisfacciones quiera pedirla.

Gregorio. ¡Picarona! ¡enredadora! ¡desenvuelta!.. Y bien, ¿tú que la has dicho?

Rosa. Amenazarla de que usted y don Manuel sabran todo lo que pasa; y que yo seré quien se lo diga, para que pongan remedio en ello. Afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

Gregorio. ¿Y ella?

Rosa. Ella me respondió: que si no la sacan arrastrando de los cabellos, no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo teme.

Gregorio. Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero, ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardias? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dexan llevar al pilon, como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos. (*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

Rosa. No señor: por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante: ó á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que don Manuel extrañe ahora su vuelta. (*Hace que se va bácia su casa y vuelve.*

Gregorio. Muy bien: aquí espero á que salga.

Rosa. Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á usted seria tanta su confusion y sobre-

salto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto aun hay remedio; y mucho mas, si ese hombre se va como ha prometido... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retirese usted y no trate de molestarla.

Gregorio. ¡Marta la piadosa!.. Cierto que merece ella toda esa caridad.

Rosa. Es mi hermana.

Gregorio. ¡Y que poco se parece á tí la dichosa hermana!... Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

Rosa. Yo creo que si.

Gregorio. Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

Rosa. No será menester. (*Hace que se vá y vuelve.*) Voy allá... Pero repito que no se descubra usted ni la ostigue, ni...

Gregorio. Bien: si, la dexaré que se vaya adonde quiera.

Rosa. Ah! mire (*Se encamina hácia su casa y vuelve.*) usted. Así que ella salga, entrese usted y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada que me voy al instante á acostar.

Gregorio. Pero, ¿qué sientes?

Rosa. ¿Que sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?.. Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... Buenas noches.

Gregorio. A Dios, Rosita... Pero, mira que si no sale...

Rosa. Yo le aseguro á usted que saldrá. (*Entrase, dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del exîto.*)

Gregorio. Y, á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudíto hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion. ¡La niña y su alma!... Bien, que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido! ¡Mugeres! ¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sugeta y os enfrena y os zela y os guarda!.. Pero, no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica, se nos venga cada Lúnes y cada Mártes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que (*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la qual finge que habla con su hermana.*) baja ya la niña bien criada.

Rosa. No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?.. Vete. Acabemos: sal presto de aquí.

Gregorio. En efecto la echa de casa... Confieso que yo mismo (*Sale doña Rosa de su casa con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) no lo hubiera hecho mejor... Y ¿á donde irá la doncellita menesterosa?.. Ganas me dan de... Pero, no: cerremos primero. (*Salen de su casa don Enrique y Cosme.*

Enrique. ¿Dijiste al ama que no me espere? *Cosme.* Si señor.

Enrique. Pues cierra y vamos: que

aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche. (*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

Cosme. ¡Noche toledana!

Enrique, Y á pesar de quien procura (*Doña Rosa despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminandose á casa de don Manuel : don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*) estórvarlo, ella y yo seremos felices.

Rosa. El se acerca á la puerta de don Manuel. ¿ Qué haré ?.. Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡ Infeliz de mí !

rique. ¿ Quién es ?

osa. Yo. *Enrique.* ¿ Doña Rosita?

osa. Yo soy. *Enrique.* A mi casa.

osa. Pero, ¿ qué seguridad tendré en ella ?

rique. La que debe usted esperar de un hombre de honor.

sa. Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa : no puedo llegar sin que me reconozca y...

rique. Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un Juez: y á él, á don Manuel, á su tutor de usted y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto, si es necesario, á exponer la vida para defenderla... Abre Cosme.. Venga usted. (*Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.*)

a. Allí está.

ique. Bien : que esté donde quie-

a. Poco importa.

a. Allí, allí.

ique. Si, ya le distingo... No y que temer, quieto se está... i que bien hace en estarse quieto !... Adentro. (*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.*)

Gregorio. Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero, ¿ qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió : necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe ?.. Vamos á darle la infausta (*Se encamina á casa de don Manuel, despues se detiene.*) noticia ; bien que él tan casado está con sus opiniones, que me quemará la sangre antes de persuadirse de que la señorita es una picaruela, y él un idiota... No, el asunto es sério, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Si, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el (*Va á casa del Comisario y llama.*) Comisario... Despues le diremos al señor don Manuel: que no le dá el naype, para esto de educar pupilas.

Salen un Comisario, un Escribano y un criado con una linterna, encaminándose á casa del primero. La scena se ilumina un poco.

Comisario. ¿ Quién anda ahí ?

Gregorio. Ah ! ¿ No es usted el señor Comisario del Quartel ?

Comisario. Servidor de usted.

Gregorio. Pues señor.... Oiga usted aparte... (*Se aparta con el Comisario á corta distancia de los demás.*) Su presencia de usted es absolutamente necesaria, para evitar un escándalo que va á suceder... ¿ Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente ?

Comisario. Si, de vista la conozco y al caballero que la tiene con-

sigo... Y me parece que ha de ser, un don Manuel de Velasco.
Gregorio. Hermano mio.
Comisario. ¡Oiga! ¿es usted su hermano?
Gregorio. Para servir á usted.
Comisario. Para hacerme favor.
Gregorio. Pues el caso es: que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdída de amores por un mancebito andaluz que vive aquí, en este quarto principal...
Comisario. ¡Calle! don Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.
Gregorio. Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa: venirse á la de su amante... Vamos, ya usted conoce lo que puede resultar de aquí.
Comisario. Si... En efecto.
Gregorio. Ello hay de por medio no sé que papel de matrimonio; pero no ignora usted de lo que sirven estos papeles, quando cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me esplico?
Comisario. Perfectamente... ¿Y ella está adentro?
Gregorio. Ahora mismo acaba de entrar... Conque, señor Comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve usted.
Comisario. Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el Escribano que está detrás, el qual se acerca á ellos muy oficioso.*) aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil. Es Escribano...
Escribano. Escribano real.
Gregorio. Ya. *Escribano.* Y antiguo.
Gregorio. Mejor.
Escribano. Mucha práctica de tribunales. *Gregorio.* Bueno.
Escribano. Cocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, seqüestros y...
Gregorio. No, ahí no hallará usted cosa en que poder...
Escribano. Y muy hombre de bien.
Gregorio. Por supuesto.
Escribano. Es que...
Comisario. Vamos, don Lázaro: que esto pide mucha diligencia.
Gregorio. Yo aquí espero.
Comisario. Muy bien. (*Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La scena vuelve á quedar obscura.*)
Gregorio. Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contarémos (*Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) la amarga historia.... ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha importancia... ¡Bendito Dios! ¡en lo que han parado tantas máxîmas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si... Majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... Oh! señor hermano! (*Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.*)
Manuel. Pero, ¿qué estravagancia es esta? ¿Por qué no subes?
Gregorio. Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.
Manuel. Enhorabuena... (*Adelantándose hácia donde está don Gregorio.*) ¿Y qué se te ofrece?
Gregorio. Vengo á darte muy buenas noticias.
Manuel. ¿De qué?
Gregorio. Sí: te vas á regocijar mucho con ellas... Dime: ¿mi señora doña Leonor, en donde está?
Manuel. ¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde: yo me vi...

porque tenia una porcion de cartas que escribir ; y supongo que ya no puede tardar , de un instante á otro... Pero , ¿ á qué viene esa pregunta ?

Gregorio. ¡ Eh ! Así , por hablar algo..

Manuel. ¿ Pero qué quieres decirme ?

Gregorio. Nada... Que tú la has educado filosóficamente : persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad : que no es conveniente reprehenderlas , ni oprimirlas : que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud; sino la indulgencia , la blandura y... En fin , prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡ Ya se ve ! Leonor , enseñada por esta cartilla , ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro y...

Manuel. Te aseguro que no comprehendo á que propósito puede venir nada de quanto dices.

Gregorio. Anda , necio , que bien merecido te está lo que te sucede , y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas , la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes ; y la otra , como una muger perdida y sin vergüenza , los acaricia y los persigue.

Manuel. Si no me declaras el misterio , dígote que...

Gregorio. El misterio es : que tu pupila no está donde piensas , sino en casa de un caballerito , del qual se ha enamorado rematadamente ; y sola y de noche , y burlándose de tí , ha ido á buscar mejor compañía... ¿ Lo entiendes ahora ?

Manuel. ¿ Dices que Leonor ?...

Gregorio. Si señor , la misma.

Manuel. Vaya : déjate de chanzas, y no me...

Gregorio. Sí , que el niño es chancero !... ¡ Se dará tal estupidez ! Dígole á usted , señor hermano, y vuelvo á repetírselo : que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan , y está con él , y lo he visto yo , y se quieren mucho , y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio , á pesar de todas tus filosofias... ¿ Lo entiendes ?

Manuel. Pero , es una cosa tan agena de verosimilitud...

Gregorio. ¡ Dale ! Vamos : aunque lo vea por sus ojos , no se lo harán creer... ¡ Cómo me repudre la sangre !.. Amigo : dígote que los años sirven de muy poco , quando no hay esto , esto. (*Señalándose con el dedo en la frente.*)

Manuel. ¡ Ello es que tú te persuades á que...

Gregorio. Figurate si me habré persuadido... Pero , mira : no gastemos prosa... Ven y lo verás ; y en viéndolo , espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos. (*Se encamina á casa de don Enrique y despues vuelve.*)

Manuel. ¡Haber cometido tal esceso ! quando siempre la he tratado con la mayor benignidad : quando la he prometido mil veces no violentar , no contradecir sus inclinaciones !

Gregorio. Ya temia yo que no habia de ser creido , y que perderiamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso , y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger ; siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana , he dispuesto que el Comisario del Quartel vaya allá , y vea de arreglarlo : de manera que evitando escándalos , se concluya , si se puede , con un matrimonio.

Manuel. ¿ Eso hay ?

Gregorio. ¡ Toma ! Ya están allá el Comisario y un Escribano que ve-

nia con él... Digo: á no ser que usted halle en sus libros algun texto oportuno, para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... Eh?

Manuel. Yo? no lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño... Pero, á pesar de quanto dices, todavia no me puedo reducir á...

Gregorio. ¡Qué terco es!... Ven conmigo y acabemos esta disputa impertinente. (*Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el Comisario y el criado con linterna. El teatro se ilumina un poco.*)

Comisario. Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia... Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer; si no depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio, y le autorizan.

Gregorio. ¿Qué te parece?

Manuel. ¿Qué me ha de parecer?.... ¡Que se case. (*Reprimiéndose.*)

Gregorio. Pues, señor. Que se casen.

Comisario. Diré á usted, señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaria; si no con la comodidad que merece, á lo menos, con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice: que si usted permite que vaya á la suya, la prefiere á otra qualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á usted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

Manuel. Ninguna.. Que venga. Yo me encargo del depósito.

Comisario. Volveré con ella muy pronto. (*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda obscuro otra vez.*)

Gregorio. No me queda otra cosa que ver... Pero, ¿quál es mas admirable? ¿El descaro de la pindonga, ó la frescura de este viejo insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho: que la toma en depósito de manos de su amante, para entregársela despues tal y tan buena?... ¡Ay!.. Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya... No puede ser.

Manuel. No lo entiendes, Gregorio... Mira: tu has hecho intervenir en esto á un Comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon. Para que su crédito no padezca: para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad; que todo lo atisva y lo murmura: para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto: para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad, ni de sus afectos: para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo... Pero... Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud? (*Salen por el fondo del teatro doña Leonor, Juliana y el Lacayo con un farol que las alumbra; y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene, el teatro se ilumina un poco.*)

Gregorio. Calla que... Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

Manuel. Yo! ¡Qué mal me conoces! Leonor: no temas ningun esceso de cólera en mí: bien sabes quan-

lo sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu alvedrio, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia: yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxîlio que necesitas, y te entregaré yo mismo al esposo que has querido elegir.

Leonor. Yo no entiendo, señor don Manuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese, de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna, impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida, su honor y su opinion.

Manuel. ¿Oyes lo que dice? (*Volviéndose á don Gregorio.*)

Gregorio. Ya se ve que lo oygo.... Con que, (*Acercándose á doña Leonor.*) Leonorcica... Ahorremos palabras... ¿De dónde vienes, hija?

Leonor. De casa de doña Beatriz.

Gregorio. ¿Ahora vienes de allí, cordera?

Leonor. Ahora mismo... ¿No ve usted á Pepe, que nos ha venido á acompañar?

Gregorio. ¿Y no sales de casa de don Enrique?

Leonor. ¿De quién? ¿De ese que vive aquí, en... ¡Eh! no por cierto.

Gregorio. ¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del Comisario?

Leonor. Me hace reir... ¿Ves que desatino, Juliana?

Gregorio. ¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

Leonor. Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

Gregorio. ¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿y no te vi yo?

Leonor. Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que se dice... (*Doña Leonor se formaliza, y asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia, vamos.

Salen doña Rosa, don Enrique, el Comisario, el Escribano, Cosme y un Criado con linterna, y se duplica la luz del teatro.

Rosa. ¡Leonor!.. Hermana... (*Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.*)

Gregorio. ¡Huf!.. (*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

Rosa. Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre, para conseguir el fin de mis engaños. El exemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

Leonor. Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho, no me parece desacertada; repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes; pero toda la necesitas.

Rosa. Quanto digas es cierto; pero... Usted (*Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin*

movimiento.) ha sido la causa de tanto error, usted... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversion que usted logró inspirarme, distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas, para hacerlas felices... Tal vez usted me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera usted sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

Enrique. Dice bien: y usted debe agradecerla el honor que conserva, y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

Manuel. Esto pide resignacion (*Acercándose á don Gregorio.*) hermano... Tú has tenido la culpa: es necesario que te conformes.

Leonor. Y hará muy mal en no conformarse, porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

Juliana. Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enxaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

Cosme. Y en verdad (*Hablando con Juliana.*) que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

Gregorio. No, yo no acabo (*No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su expresion.*) de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento: ni es posible que satanás en persona sea capaz de mayor perfidia, que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego y... ¡Ah! ¡Desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede, se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardias: sexô engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para (*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.*) siempre le detesto y le maldigo, y le doy al Demonio, si quiere llevarsele. *Vase.*

Manuel. No dice bien... Las mugeres dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor Comisario: (*Se adelanta el Comisario, acercándose á don Manuel.*) acepto el depósito, y mañana, sin falta, se celebrará esta boda.

Rosa. ¿La mia no mas?

Manuel. Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

Leonor. Hoy es dia de perdonar.

Rosa. Si: bien merece tu perdon y tu mano, el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

Leonor. Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon; y bien sabe, que mientras yo viva, es prenda suya.

Manuel. ¡Querida Leonor! (*Se abrazan don Manuel y doña Leonor.*)

Juliana. ¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

F I N.

Con licencia en Valencia: En la Imprenta de José Ferrer de Orga: donde se hallará con otras de diferentes Títulos. Año 1815.